

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXIV

Noviembre de 1947



Puntos de vista

Hispanoamérica en la cultura universal

COMO una repercusión tardía de las descomedidas palabras de Pío Baroja en el sentido de que América es el continente estúpido por excelencia, el escritor italiano Juan Papini ha expresado análogos conceptos al desconocer el aporte de nuestro continente a la cultura universal, y al considerarnos como un vulgar productor de materias primas. Acaso más que a simple arbitrio de los escritores mencionados, se deben sus expresiones despectivas para América a ignorancia de lo que ella ha sido y de lo que en la actualidad está realizando en la vida del espíritu.

Por lo general, el hombre europeo de mediana cultura desprecia todo aquello que no pertenece a los tres o cuatro países que han sido considerados rectores del pensamiento occidental. Poco o nada les interesa de lo que sucede en el resto del mundo. Con excepción de España, existe en Europa una magnífica ignorancia de lo que somos. Nada saben allí de geografía y de historia americanas, de nuestros escritores y hombres de ciencia; confunden los nombres de las ciudades con los de los países. De la Argentina tienen un conocimiento más preciso porque ella les envía las carnes y el trigo del que tan urgentemente están necesitados. Para el europeo corriente la Argentina no pasa de ser un inmenso potrero, con una babel por capital, Buenos Aires. El conocimiento que tienen de nuestro país se circunscribe al salitre, acaso ampliado ahora con el nombre de Gabriela Mistral, por el hecho de haber sido agraciada con el Premio Nobel de Literatura.

Mientras se nos ha colocado en una categoría subalterna, los hechos se han ido encargando de demostrar que América, ésta que habla castellano y portugués y cuyos habitantes conservan todavía los rasgos físicos y ciertas características anímicas de los aborígenes, perfila una personalidad espiritual, que, mal que pese a algunos orgullosos europeos, se está imponiendo en la conciencia universal ilustrada. La circunstancia de que Gabriela Mistral haya obtenido el Premio Nobel de Literatura y recientemente el profesor argentino Houssay el de Biología, son síntomas propiciatorios de que el valer de nuestro arte y ciencia ha sido justamente apreciado y reconocido con un galardón consagratorio.

Pero la vida espiritual de América se remonta a los primeros años de su existencia independiente, sobre todo en lo que se refiere a las creaciones artísticas, que es donde mejor puede exhibir su prosapia de auténtica originalidad, lo mismo que en los estudios históricos, filológicos, jurídicos y gramaticales. No así en las actividades científicas y filosóficas para las cuales hemos heredado esas condiciones negativas de nuestros progenitores peninsulares, aun cuando en los últimos tiempos se han dado ensayos de carácter filosófico que revelan seriedad, profundidad y originalidad en las interpretaciones, si bien todavía Hispanoamérica no puede exhibir un sistema acerca de una concepción del mundo y de la vida con características singulares. En cuanto a ciencia, el Premio Nobel al profesor argentino Houssay, prueba que ese aspecto del saber humano también puede tener en tierras americanas acuciosos investigadores que impongan al universo sus búsquedas y descubrimientos.

Es, sí, en literatura, el terreno más fecundo y de cosechas más abundantes para la vida del espíritu americano. Montalvo, que emuló la prosa cervantina; Rubén Darío, que remozó la versificación castellana con versos de pedrerías del mejor quilate; Rodó, en cuya prosa solemne y rotunda se perciben ecos de armonías platónicas; Rómulo Gallegos, el narrador que sin abandonar la mejor tradición novelística hispana imprime a sus relatos un acento

patético que surge de las tierras y el drama de la sabana; y Herrera Reissig, Santos Chocano, José Eustasio Rivera, Leopoldo Lugones, Ricardo Palma, Guillermo Valencia, Juana de Ibarbourou, Güiraldes; nuestra mencionada Gabriela Mistral, y numerosos otros escritores y poetas, bastarían para demostrar que lo más puro del espíritu se encarna en expresiones artísticas de insuperada calidad estética.

En el ámbito del pensamiento especulativo o de proyecciones políticas e históricas, puede también Hispanoamérica exhibir nombres que son ya patrimonio de la cultura universal. Faustino Sarmiento, el primero entre todos, por lo recio y contumaz de su pensamiento que se hacía acción bienhechora en la realidad ciudadana, representa lo más genuino de estas tierras ásperas como su palabra restallante. Andrés Bello, antítesis del verbo sarmientino, por su profunda raíz clásica, por el claro equilibrio de sus conceptos, por la elevación de su pensamiento nutrido de universalismo; pero aclimatado al medio fragoso de América en su afán de desbrozarlo de malezas que esterilizan su destino luminoso; y Alberdi, Lastarria, Barros Arana, Mitre, Cuervo, Hostos, José Toribio Medina, Letelier, Henríquez Ureña, Vaz Ferreira, González Prada, Enrique Molina, y tantos otros hasta el nombre respetable de Alfonso Reyes, cuyos estudios de estética lo colocan junto a los más profundos de los esteticistas alemanes modernos y del italiano Croce.

Pintores como los mexicanos, músicos criollos anónimos, son otros tantos ejemplos de que el arte americano se eleva sobre su localismo típico a lo universal sin fronteras, sin contar los intérpretes del arte europeo, que, como Claudio Arrau, suscitan la admiración fervorosa de los más cultos auditores.

Si a los nombres, expresión categórica de una realidad indiscutible, sumamos las actividades artísticas y científicas de institutores universitarios, donde tras el anonimato de la investigación y el estudio desinteresados, se está fraguando un pensamiento cultural superior, bien fácil es destruir las ligeras apreciaciones

nes despectivas de quienes por ignorancia o por egocentrismo morboso no han sido capaces de asomarse a este continente americano, que en las actuales circunstancias en que vive el mundo europeo es un amplio campo abierto para todos los que vengan a él afanosos de trabajo y a rehacer sus vidas frustradas por la pasión bélica fratricida. Ni religión ni raza son impedimentos a su aporte espiritual, pues América los recibe porque sabe que ella requiere del esfuerzo de todos los hombres de buena voluntad para la realización de su destino que ha de afianzar y prolongar la civilización occidental, superada en todo aquello que ha tenido de inhumana y egoísta.

Nos reconocemos imperfectos, tarados por vicios ancestrales, desunidos entre sí como si perteneciésemos a familias distintas y aun antagónicas, celosos de nuestros hermanos, inquietos sin asentar ninguna experiencia, balbuceantes todavía como pueblos que recién abandonan la tutela paterna, dirigidos no siempre por los mejores. Pero por sobre esas circunstancias transitorias y fácilmente superables, América camina ascendentemente y su pensamiento se unifica en una idéntica voluntad de perfeccionamiento y de mancomunarse en las altitudes del espíritu, a través del indestructible vínculo del idioma castellano, cuya esencia trasciende el alma hispánica con los aportes de lo intransferible americano, que brota de sus tierras, de sus ríos y mares, de su cielo y de sus hombres, en cuya idiosincrasia influyen factores geográficos y cósmicos imponderables, propios de este continente del «tercer día de la creación», como lo calificó el filósofo alemán Keyserling.